

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

NARRACIONES EVANGELICAS

IV. — La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

1.º *Su nacimiento en Belén.*

En los días que siguieron al nacimiento de Juan, fué promulgado un edicto de César Augusto (primero de los emperadores romanos, el cual reinó entre los años 31 antes de Jesucristo y 14 de la era cristiana), ordenando el empadronamiento de todo el universo, esto es, del imperio romano cuya dominación se extendía en aquella época por casi todo el mundo entonces conocido. La operación consistía en inscribir en los registros públicos el nombre, edad, profesión y riqueza de todos los habitantes de una región, con el fin de determinar el impuesto. La Palestina, aun durante el reinado de Herodes el Grande, era una de las provincias del imperio gobernada por todas las leyes de interés general y los Judíos habían hecho juramento de fidelidad al César. Demasiada conciencia de sujeción tenía Herodes para sustraerse a una orden venida de Roma, pero al aplicarla debió de respetar las costumbres del pueblo judío y ordenar el empadronamiento por tribus y familias.

Este primer empadronamiento se hizo en Judea, siendo Cirino gobernador de Siria, y todos los Judíos que no habitaban en su ciudad de origen tuvieron que presentarse en ella para hacerse inscribir según las leyes de su nación y el mandamiento del César.

El santo patriarca José, que descendía del rey David, se creyó en la obligación de obedecer las órdenes de Augusto. Dejando, pues, el tranquilo y humilde hogar de Nazaret, subió a Belén, patria del rey David, su antepasado. Su joven esposa, que se hallaba en cinta, hizo con él este penoso viaje: una secreta inspiración del cielo, su afecto por José y acaso también la obligación de comparecer en persona como única heredera de la familia, la llamaban a la

ciudad de sus ascendientes. Dios se servía en esta circunstancia providencial del decreto de un emperador romano para que se cumpliesen los antiguos oráculos, según los cuales, el Mesías había de nacer en Belén.

Cuatro días de camino separan a Nazaret de Belén. Esta ciudad, edificada sobre una colina en uno de los sitios más pintorescos de la Tierra Santa, dista de Jerusalén unas dos horas, y a causa de la fertilidad de su territorio, se la llamó Belén (Bethlehem), que significa «Casa del pan».

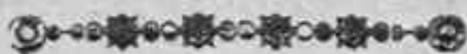
La afluencia de forasteros llegados a Belén para el empadronamiento, era tan grande, que José y María no pudieron encontrar posada en el mesón u hospedería pública. En casi todas las poblaciones de Oriente hay lugares destinados para albergar a los viajeros. Estas hospederías, que en nada se parecen a nuestros hoteles modernos ni siquiera a los modestos mesones de aldea, constan de un gran corral o patio para las bestias de carga, rodeado de galerías donde se acogen las personas; muchas están edificadas junto a un monte, cuyas cuevas naturales o artificiales sirven de refugio a los animales en el mal tiempo.

Rechazados José y María de las galerías por falta de espacio, tuvieron que refugiarse en una gruta vecina que servía de establo. Así las cosas, se cumplió la dichosa hora del nacimiento del Hijo de Dios, el cual se presentó por sí mismo a la manera que la fruta madura se desprende del árbol que la llevó. María fué verdadera madre según toda la extensión de este amable nombre, pero sin dejar de ser virgen.

La Virgen Madre envolvió en pañales al recién nacido. El nuevo Adán, que llevaba el signo exterior del pecado, quiso aceptar todas las consecuencias, y por ésto no sólo el pudor sino también la necesidad exigían de Él esta nueva señal de sujeción y de flaqueza.

María, después de haber envuelto en pañales al Divino Niño, dulcemente lo rescostó en un pesebre. En aquel momento el Niño Dios ofreció de nuevo, como el día de su Encarnación (cf. Hebr. 10, 5-9), el holocausto de su ser: el pesebre fué el altar de donde subió a los cielos la omnipotente y purísima voz de Jesús en oración tal como la tierra no había sido digna de oír hasta entonces. (Lc. 2, 1-7).

UN MIROBRIGENSE.



REGINA PACIS

Tú, que siendo del mundo redentora,
Hacia nos vuelves la mirada amante,
Y la súplica acoges incesante
Del que tu protección humilde implora:

Escucha la que a Tí dirijo ahora,
No deseches mi ruego suplicante:
Líbranos de la espada fulminante
Que destruye la tierra y la devora.

Si por nuestra salud vertiste llanto
Hasta regar la endurecida tierra,
¡Reina de la paz! tiéndenos tu manto;

No permitas que despiadada guerra
El mundo todo con horror y espanto
Convierta en solitario camposanto.

FR. J. F., O. P.



DIGNIDAD DEL CRISTIANO

Celebramos en este mes la Natividad de N. S. Jesucristo, la fiesta más alegre para los verdaderos fieles cristianos que en ella se complacen en celebrar a la vez nuestro común renacimiento. Pues como dice un Santo Padre, «la Natividad de Cristo es el origen del pueblo cristiano, el cual renace del mismo Espíritu de que Él fué concebido y nació, siendo para nosotros la fuente bautismal lo que para Él fué el claustro virginal».

En ese feliz día vemos al «admirable Niño Dios» que Isaías anunció habría de nacer para nuestro bien; al «Hijo» del Eterno que «nos ha sido dado» y viene al mundo para ser nuestro *camino* y nuestra *luz*, nuestra *salud*, nuestro *alimento*, nuestra *resurrección*, y nuestra misma *vida*; y en suma, todo nuestro *bien*, siendo nuestro todo, a la vez que *todo nuestro*. Verdaderamente que, si por ser tan grande el Señor, es, conforme dice el Salmista, «sobremanera digno de alabanza: *Magnus Dóminus, et laudábilis nimis*»;

por haberse anonadado hasta el punto de hacerse por nuestro amor un «pequeñuelo», no puede menos de robar todos los nobles corazones, haciéndoseles, como dice San Bernardo, «sobremanera amable: *Parvulus Dominus, et amabilis nimis..* »

Ahora se muestra a la faz del mundo, *habitando entre nosotros el Verbo hecho carne*; y aunque el mundo, viéndolo así tan empequeñecido, no quiere recibirlo — prefiriendo sus tinieblas a la *luz verdadera, que alumbraba a todo hombre* — no por eso dejó de manifestarse y hacerse reconocer de los «hombres de buena voluntad», los cuales a una dicen: «Vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... Y de su plenitud recibimos todos» (*Joan. 1, 14, 16*). Y recibimos no como quiera, sino aun más que a medida de nuestros deseos; pues Él *colma de bienes a todos los hambrientos* (*Lc. 1, 53*), comunicándose en una manera tal, que casi parece excesiva, dando como dá *sin medida su Espíritu* (*Joan. 3, 54*).

Así a cuantos con amor le reciben, les da nada menos que el poder de hacerse, a imagen de Él, verdaderos *hijos de Dios, naciendo de Dios mismo* (*Joan. 1, 12 13*).

«¡Ved, pues, qué prodigiosa caridad nos ha mostrado el eterno Padre haciendo así que nos llamemos hijos suyos y que realmente lo seamos!...» (*1 Joan., 3, 1*). No se contenta con darnos tan glorioso nombre y los correspondientes derechos a su eterna herencia, sino que con el título de hijos nos da la realidad de tales, comunicándonos, por decirlo así, su *sangre divina*: esto es, su mismo Espíritu, con sus nobilísimos sentimientos y pensamientos; *deificándonos* verdaderamente, haciéndonos *participar*, como dice San Pedro, de su *divina naturaleza*, con lo cual venimos a ser nada menos que *dioses* por participación. Así nos lo advierte San Agustín diciendo: «Si somos hijos de Dios, dioses somos: *Si filii Dei facti sumus, et dii facti sumus*».

«Queriendo, en efecto, el Unigénito de Dios, según dice el doctor Angélico (Opúsculo 57), que fuésemos participantes de su Divinidad, tomó nuestra naturaleza para hacer a los hombres dioses, haciéndose él hombre.»

De este modo, como canta la S. M. Iglesia (Offic. Purific. B. V.), viene a establecerse el más «admirable consorcio entre el Criador y la criatura, dignándose Él tomar un cuerpo humano y nacer de la Virgen y... comunicarnos su Divinidad».

A cuantos en Cristo han renacido, «los predestinó el Eterno Padre a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que éste sea Primogénito entre muchos hermanos» (Rom., 8, 29). Y así, como verdaderos *hermanos de Jesucristo*, debemos todos los cristianos proceder siempre y en todo a imitación de Él (*Luc. 6,40; II Petri, 1,17*), configurándonos más y más con quien es *esplendor de la gloria del Padre*, para ser verdaderamente *perfectos como el mismo Padre Celestial* (Mt., 5,48).

Y esto se logra dejándonos poseer, gobernar, animar, mover y dirigir de su divino Espíritu, cuya unción nos enseñará todo cuanto necesitamos saber (I Joan., 2, 20-27) para aprovechar en la virtud, y nos inducirá a cumplir de la manera más fiel la voluntad divina. «Pues los que así son movidos del Espíritu de Dios, esos son los verdaderos hijos de Dios» (R. 8,14).

De este modo, este mismo Espíritu de adopción filial que mora en nosotros, según procuremos ser cada vez más dóciles a sus santas mociones e inspiraciones, nos irá dando más claro *testimonio de que somos hijos de Dios*, a la vez que nos hace proceder y, como tales, para mayor gloria del Padre (Mt. 5,16). «Y si hijos, también herederos: herederos ciertamente somos de Dios y coherederos de Cristo», pero... a condición de seguir fielmente sus sagradas huellas, es decir, «de que padezcamos con Él, para poder también ser con Él glorificados» (R. 8,16-17; cf. I Petri, 2,21; 4,13).

Somos, pues, muy grandes y estamos sobremanera encumbrados por la misericordia de N. S. Por esa inefable gracia santificante, que es una participación de la naturaleza divina, somos más de lo que nadie hubiera podido soñar jamás; somos verdaderos hijos del Eterno Padre,—«de quien toma su denominación toda Paternidad en el cielo y en la tierra» (Eph., 3, 15),—nacidos de Él a imagen de su Unigénito, siendo como es nuestra filiación adoptiva cierta semejanza—o participación—de la misma filiación eterna (S. Thom., 3^a p., q. 23, a 2, ad 3).

Así comprenderemos en cuánta estima se debe tener ese don inapreciable de la divina gracia, y con cuán sumo cuidado debemos velar, no sólo por no perderla—que esta sería la más espantosa calamidad, pues nos haría decaer de la dignidad incomparable de hijos del Altísimo a la extrema vileza de esclavos del demonio—sino también por acrecentarla siempre con nuestra fidelidad en el bien obrar; ya

que un solo grado de ella vale más incomparablemente que todos los tesoros del mundo, pues el valor de la gracia, según dice Sto. Tomás (1-2, q 113, a. 9), excede al de todas las cosas criadas, o sea a la misma «creación del cielo y la tierra», por ser como es ella «una participación divina». ¡Cuánto deberíamos meditar estas compendiosas palabras del Catecismo: *La gracia es un ser divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo!*

El perfecto cristiano es nada menos que como otro Jesucristo: *Christianus alter Chistus*. Sin ser como este Maestro divino, ninguno es perfecto. (*Lc. 6, 40*) Y, pues, somos por participación y por gracia lo que Él es por naturaleza, debemos seguirle en todo, como a único camino que lleva al cielo; recibirle como a única verdad que nos preserva de todo engaño, y poseerle como a nuestra verdadera vida. Debemos reproducir en nosotros del mejor modo posible todos sus divinos misterios, desde el Nacimiento hasta la misma Ascensión, para tener siempre «nuestra conversación en los cielos», conforme dice el Apóstol (*Phil. 3, 20*). Mas para esto hay que procurar ante todo renacer de veras, cooperando fielmente a la gracia y a la virtud de los sacramentos, y correspondiendo a los cuidados y desvelos de la S. M. Iglesia, de modo que en nosotros venga plenamente a formarse Jesucristo (*Gal. 4, 19*). Y viviendo luego en íntima unión o comunicación con Él, es como podremos llegar a la condición del Varón perfecto, o sea a perfectos cristianos, según la medida de la edad de la plenitud de Cristo, y salir del estado de pequeñuelos, que se dejan llevar de cualquier viento de doctrinas y de sugerencias (*Eph. 4, 13-14*).

«Pequeños en Cristo» o cristianos carnales, según el Apóstol (*I Cor. 3, 1-3; Hebr. 5, 13*) son los que, aun viviendo en gracia y siendo por tanto hijos de Dios, todavía no tienen bastante desarrollados y ejercitados los sentidos espirituales, para poder conocer y apreciar bien las cosas del divino Espíritu (*R. 8, 5*), y entender el místico lenguaje de la celestial Sabiduría. Y así, en todo obran de un modo bajo y rastrero, en todo proceden aun como hombres (*I Cor., 3, 4*); mientras los ya adultos, espirituales o perfectos, no sólo entienden bien ese lenguaje, sino que juzgan de todo con acierto (*I Cor. 2, 6, 10-16*), teniendo ya muy iluminados los ojos del corazón, para conocer las riquezas de la gloriosa herencia del Señor en los santos»

(Eph. 1, 18); y así obran ya de un modo *sobrehumano*, como *dioses*.

Para esto es de saber que, junto con la gracia santificante, que nos da el *ser* sobrenatural de hijos de Dios, recibimos los dones del Espíritu Santo y las virtudes infusas, que brotan de esa misma gracia como del alma sus potencias, para con esas nuevas facultades poder hacer obras dignas de vida eterna.—Mas con solas dichas virtudes, aunque las obras en sí son ya sobrenaturales, por estar hechas por cierta comunicación del divino Espíritu, como éste, sin embargo, permanece aún muy oculto en la misma caridad, el obrar se verifica siempre al modo humano, bajo las normas e iniciativas de la propia razón tal como esté mejor o peor informada de la fe y la prudencia cristiana. De ahí que no sea fácil distinguir ese obrar del de las simples virtudes naturales, con el cual muchas veces del todo se confunde y se mezcla. Así es como se ejercitan de un modo muy imperfecto. Y entonces el alma, como del todo niña, aún no puede advertir su dignidad de hija de Dios, por obrar a la manera de las demás hijos de Adán; así como los niños, antes del uso de la razón, no advierten que son hombres, por lo mismo que aún obran, según frase del V. Granada, «a manera de un cabritillo que se anda por ahí saltando».

Pero cuando, con el ejercicio de las virtudes y la fidelidad a las inspiraciones divinas, se hayan desarrollado suficientemente los dones del Espíritu Santo, entonces llega el alma a la edad de la discreción espiritual, en que con ellos puede ya obrar de un *modo sobrehumano*, propio de los verdaderos hijos de Dios; pues no obra ya bajo sus propias normas e iniciativas, sino bajo la moción y dirección del mismo divino Espíritu, que así se le constituye en dulce Dueño y Maestro que con sus luces, mociones y uncciones le enseña y sugiere toda verdad (Joan., 14, 16-17, 26; 16, 17; I Joan 2, 20), y le va dando testimonio de que es hija de Dios (R. 8, 16).

Entonces empieza la verdadera vida espiritual, y con ella la propiamente vía iluminativa, que lleva a la de cristianos perfectos, en que el hombre, según dice el Angélico Doctor (in III Sent., D. 34, q. 1, a. 3), ya no obra como tal, sino de un modo divino, *quasi deus factus participatione*; y así puede con el Apóstol decir: «Mi vivir es Cristo (Phil. 1, 21). Pues no yo, sino Cristo es quien vive en mí» (Gal.

2, 20). Entonces sí que podrá exclamar con el Discípulo Amado: «Ahora somos hijos de Dios; pero aún no se manifestó lo que seremos. Cuando esto se manifieste, seremos semejantes a Él, pues lo veremos tal como es» (I Joan. 3, 2). Y así añadirá gozoso: Verdaderamente que «no merecen tenerse en cuenta los trabajos de ahora en comparación de la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (R., 8, 18).

Entonces en su mismo corazón sentirá brotar la perenne fuente de agua viva que salta a la vida eterna (1) y le hace desde este destierro gozar de la felicidad prometida en las bienaventuranzas (2); en las cuales, según Sto. Tomás (In Mt. V.), se compendian y a las cuales se ordenan todas las enseñanzas del Salvador, y donde se encierran los escondidos tesoros de la vida mística.

¡A tan excelsa dignidad somos todos llamados! Y todos podríamos llegar a esas alturas, imitando a Jesús, cumpliendo fielmente los deberes de nuestro estado, abrazando por amor de Dios las cruces que nos toque llevar y procurando tener siempre, aun medio de las mayores ocupaciones, nuestro corazón en los cielos, donde está nuestro tesoro.

Esta felicidad de que gozan los perfectos cristianos, dice el V. Granada (Memorial, tr. 7: Amor de Dios, c. 1. párrafo 2-3), «es el reino del cielo en la tierra y el paraíso de los deleites, de que podemos gozar en este destierro: y este es el tesoro escondido a los ojos del mundo en la heredad del Evangelio; por el cual el sabio mercader vende todo cuanto tiene por alcanzarlo (Mt. 13).. ¿Pues cuál es el hombre que, oídas estas nuevas, y sabiendo que *tan aparejada está la divina gracia para él como para todos los Santos*, no entra por esta puerta a gozar de tan grandes bienes en esta vida?»

«El cristiano es, pues, conforme dijimos en la *Evolución mística* (p. 23), una nueva y celestial raza de hombres, una estirpe divina, un *divinum genus*, un hombre divinizado, hijo de Dios Padre, incorporado con el Verbo hecho hombre, animado del mismo Espíritu Santo, y cuya vida y conversación debe ser toda celestial y divina. No olvidemos que, «si Dios se humilló hasta hacerse hombre, fué, según advierte San Agustín (Serm. 166), para engrande

(1) *Joan.*, 4, 14; 8, 38.

(2) *Is.*, 32, 15-18; 55, 1-2; 66, 12.

cer a los hombres hasta hacerlos dioses)... «¡Reconoce, pues, oh cristiano, tu dignidad, exclama San León (Serm. 1 de Nativ.); y hecho participante de la naturaleza divina, no quieras degradarte con una conversación mundana que te haga volver a la antigua vileza!»

Tales son los sentimientos que el misterio de la Natividad de N. S. debe inspirar a los verdaderos cristianos. Así aprenderán a vivir como tales, y apreciando cual deben su alta dignidad y gloriándose de ella, jamás se avergonzarán—por mucho que el mundo necio les diga—de ostentar ese gloriosísimo nombre.

FR. J. G. ARINTERO, O. P.



COLOQUIOS

Vicente y Miguel.

Vente conmigo, Miguel,
Y veremos un chiquito
Que es mil veces más bonito
Que Juanito, el de Isabel.
—Si es Juanito más pulido,
Vinole el ser tan lozano
Ser hechura de la mano
Del niño recién nacido.
—No te engañes, pues, Miguel,
Mírale muy bien de hito;
Que es mil veces más bonito
Que Juanito, el de Isabel.
—Cuando Isabel y María
Le visitaron los dos
Juanito conoció a Dios
En el vientre do venía;
Y regocijado él
Reconoció el Infinito
Ser mil veces más bonito
Que Juanito, el de Isabel.
—El Niño, Verbo del Padre,
Le dió a Juanito renombre,
Visitándole Dios y hombre
En el vientre de su madre.
Y allí el niño Emanüel,
Yendo en el vientre chiquito,
Le dió el sér de ser bonito
A Juanito el de Isabel.

Juanito, el de Zacarías,
Fué entre los nacidos uno;
Pero él ni otro ninguno
Como el Niño de María;
Echa los ojos en él,
Y verás que es el chiquito
Cien mil veces más bonito
Que Juanito, el de Isabel.

UBEDA.

Bras y Gil.

—¿Cómo llaman al infante
Que ha nacido de María?
—Llamémosle señoría.
—Pasa, Gil, más adelante.
—Ilustre es buena manera,
Pues ilustra cielo y suelo.
—Mira bien, que yo recelo
Que lo llaman a cualquiera.
¿No ves que sale triunfante
De la gloriosa María?
—Llamémosle señoría.
—Pasa, Gil, más adelante.
—Pues llamémosle excelencia
Que es excelente y gentil.
—No lo aciertas, Antón Gil;
Mira si es más reverencia.
—Reverencia no es bastante;
Que bien se lo llamaría.
Llamémosle señoría.
—Pasa, Gil, más adelante.
Merced no es autoridad,

Que es de realengo y de nobleza.
—¿Puedese llamar alteza?
—Mejor será Majestad.
—Busquemos nombre bastante;
No estemos más en porfía.
—Llamémosle señoría.
—Pasa, Gil, más adelante.
—Es hidalgo y bien nacido,
Noble, de espuela dorada,
Tiene la cruz por espada,
Y es mayorazgo escogido.
Por mucho que yo discante,
Muy corto me quedaría.
—Llamémosle señoría.
—Pasa, Gil, más adelante.
—De la parte de su Padre
Es sumo Dios eternal.
Noble y su casta real
De la parte de su madre:
Mirad quién es el infante
Que ha nacido de María.
—Llamémosle señoría.
—Pasa, Gil, más adelante.
—No curemos de invenciones
Ni títulos cortesanos,
Cumplimientos, besamanos,
Salvas, grandezas y dones;
Postrados allí delante,
Es la mejor cortesía;
Que, pues, le adora María,
No hay pasar más adelante.

UBEDA.

ENDECHAS

Al portal de Belén.

Portalico divino,
¡Cuán bien pareces!
*Con el niño chiquito, bonito,
Que nos ofreces.*

Dulce portalico,
Lleno de mil perlas,
¡Quién pudiera haberlas
Para quedar rico!
Tus bienes publico
Pues también pareces
*Con el niño chiquito bonito
Que nos ofreces.*

En tu cuadra bella
Yace el claro sol,

Que con su arrebol
Da gran luz en ella;
Con tan clara estrella
Cielo pareces,
*Con el niño chiquito, bonito,
Que nos ofreces.*

Niño, Dios divino
Vino a tí del cielo,
Debajo de un velo
Raro y peregrino,
Y en este camino
El alma enriqueces
*Con el niño chiquito, bonito,
Que nos ofreces.*

FRANCISCO DE AVILA.

Al Niño Jesús.

No lloréis, mis ojos,
Niño Dios, callad;
*Que si llora el cielo
¿Quién podrá cantar?*
Si de hielo y frío
Niño Dios, lloráis,
Túrbase el cielo
Con tal tempestad;
Serenad los soles,
Y el hielo podrá
Deshacer los hielos
Que os hacen llorar.
Cantaron los hombres
En la tierra, paz;
*Que si llora el cielo
¿Quién podrá cantar?*

Vuestra Madre hermosa
Que cantando está
Llorará también
Si ve que lloráis.
O es fuego o es frío
La causa que os dan:
Si es amor, mis ojos,
Muy pequeño amáis;
Enjugad las perlas,
Nácar celestial;
*Que si llora el cielo
¿Quién podrá cantar?*

Los ángeles bellos
Cantan que les dáis
A los cielos gloria
Y a la tierra paz;
De aquestas montañas
Descendiendo van
Pastores, cantando

Por daros solaz;
Niño de mis ojos
Ea, no haya más,

*Que si llora el cielo
¿Quién podrá cantar?*
LOPE DE VEGA.



SOÑANDO FELICIDADES

En un pueblo de Castilla, cuyo nombre nada hace al caso, había un jovencito de aptitudes naturales para ser mucho y para no ser nada. Listo, atrevido, simpático, de buena índole, pero muy apasionado.

La desgracia de quedar huérfano a los diez o doce años, torció pésimamente esta naturaleza endeble. Su viveza y atrevimiento pervirtiéronse, haciéndole audaz para cualquier trastada, rateo de menudencias, y el primero en toda clase de alborotos que hubiera entre sus iguales. No había en el pueblo perro que no le temiera ni vieja que no le madijese doscientas veces por día.

Se llamaba Bonifacio. La natural tendencia del vulgo a ser breves en el decir, suprimió de dicho nombre el *Boni*—y bien suprimido por cierto—dejándole simplemente el *Facio*.

Chaval aun, consintiéndolo uno de sus parientes, cuya alta inspección era lo único que respetaba, vendió lo poco que tenía para poder pagar el viaje hacia las Américas.

Por un favor del Altísimo se tuvo esto en el lugar; a los pocos meses de su partida ya nadie pensaba en él, y con razón, porque ni sus fechorías ni sus virtudes habían sido nunca tan grandes que merecieran perpetua memoria.

Pasaron diez años sin saberse por donde andaba. Desde que salió del pueblo, ni escribió ni dió más señales de vida que si estuviera muerto. Pero he aquí que comienzan a circular rumores, cuando nadie pensaba en él, de que iba a volver al pueblo. Interesante noticia. Hombres y mujeres de alguna edad todos se apresuraban a contar la vida y travesuras del olvidado *Facio*.

Pocos días más tarde y el joven ya está en el pueblo. A carrera tendida íbamos los muchachos ávidos de conocer al que tan famoso se nos había pintado. Mayúsculo desengaño: allí donde esperábamos ver un pobre mocetón rotamente vestido, medio descalzo y casi muerto de hambre, topamos con un caballero de barba negra poblada y larga, alto, muy alto, vestido más elegantemente que cuantos señoritos viéramos en la vida.

Habíase pensado mucho el día anterior en la casa para su pro-

visional albergue, ni con candil se hallaba un pariente que diera palabra que lo admitía; más luego que se le vió tan gallardamente vestido, se multiplicaron los amigos, y los aparecidos parientes pudieran formar legión. Viejo hubo que por captarse las simpatías de *D. Bonifacio*, trajo a colación su antigua amistad con uno de sus abuelos.

Los primeros días paseo y más paseo. Acompañado del médico y de algunos militares retirados que en el pueblo había, iba recorriendo el campo, hablando sentenciosamente y lamentando la falta de chirumen en el pobre labrador que no sabe ganarse el pan sino a cambio de sudor vertido de su demacrada frente. «En fin, añadía el Ser Supremo repartió los oficios según los talentos».

Su bolsa estaba repleta; edificóse dos casas, una de las cuales merecía el nombre de palacio. Muchos y preciosos muebles la adornaban; camas lujosas, grandes sillones, sofás magníficos, finos lavabos, espejos, veladores, tapetes, alfombras, todo tan elegante como jamás en el pueblo se había admirado.

Huelga decir que la suerte de *Facio* era envidiada de todos. Por docenas se contaban los que abandonando el pueblo, marchaban a Buenos Aires pensando que allí las chiripas se cogían a brazados.

Por su parte, *D. Bonifacio* trató luego de casarse, y claro que le costó muy poco ganar a la más rica y mejor dispuesta del pueblo. Arreglado todo como a pedir de boca, se dirigen los desposados a las puertas de la Iglesia, con tanto acompañamiento cual si se tratara del enlace de algunos grandes de España. La pareja era ideal, jóvenes ambos, ambos ricos, rebosando salud... ¿Qué más podía pedirse para la felicidad de un matrimonio en este mísero mundo?

Pero ¡oh caducidad de las cosas humanas! pasan cuatro meses después de la espléndida boda y la dicha de los recién casados se desvanece como el humo.

El párroco del pueblo recibe cierto día una carta inesperada de las remotas Américas, que en resumen viene a decir lo siguiente: «Hago saber a V. Señor Párroco, que si llegara a ese pueblo *D. Bonifacio Lérida*, no es otro que mi marido. Después de vivir en mi compañía por espacio de medio año, robó mis dineros y mis alhajas, embarcándose luego, no se a punto fijo hacia dónde. Sabed también señor, que fuí siempre rica y noble señora y que me hallo actualmente por la felonía de mi esposo, reducida a extrema necesidad». Suspenso dejó al párroco tan inesperada noticia.

Sin esperar mucho tiempo, habiendo pensado la gravedad del

caso, se dirigió a la casa de nuestro joven. Nadie le acompañaba cuando el párroco llegó, era lo más apropiado para exponer su embajada. Ayudado de su prudencia, que era muy grande, le saludó y le indicó entre vueltas y rodeos todo cuanto ocurría. Bonifacio se turbó y quedó al pronto como cortado, más luego se contrajo y ya, frío como una piedra, dijo al párroco que podía retirarse si no traía más embajada que esta «porque pensar, añadió, que he de deshacer lo hecho, es no conocerme a mí, es soñar de despierto.»

Partido de dolor el corazón del buen sacerdote, salió de la casa del nuevo y perdido feligres. Volvió alguna vez más a tocar el mismo punto, pero era inútil bregar con aquel corazón de piedra. Imposible de todo punto a los hombres poner coto a las maldades de un pecador como éste.

Necesario fué que Dios mismo tomara el negocio en sus manos. El joven siguió siendo feliz, aparentemente al menor, otros dos meses más. Pasados los cuales, es decir, seis meses después de casado, cayó enfermo, pero muy grave. Hincháronse sus pies, e imposibilitado para andar, guardó cama. La enfermedad siguió rápidamente su curso, llegó la hinchazón al vientre, con lo cual los dolores apretaron sobremedida. Las esperanzas que el médico dió, desde luego, respecto de su salud, no podían ser más ambiguas.

Mientras tanto el enfermo sufría horriblemente en el cuerpo y en el alma. Pensar que joven, rico y feliz, cuando empezaba a gozar de sus casas, de sus muebles y dinero; cuando los sufrimientos y pesadumbres que le costaban enriquecerse iban amortiguándose, ahora, precisamente, cuando comenzaba a gozarlo y a verlo todo de color de rosa, iba a morir.

Imposible; no lo creía. A su vez los parientes procuraban sostenerle en la misma opinión. Pero la inflamación subió al pecho, y su voz, ya ronca, denotaba la gravedad de su estado. Este era el parecer del médico que como buen católico, advirtió a la familia del enfermo, que no había tiempo que perder en la reconciliación de su alma con Dios.

De mil maneras velado lo dijeron al paciente, el cual volvió la cara a la pared opuesta sin responder palabra. Llamaron al sacerdote, y viene loco de contento, pensando que había vuelto aquella oveja perdida al redil de Jesucristo. Pero no era así; entró en la sala, se acercó al moribundo, cuyos ojos al verle delante, se abrieron desmesuradamente, su rostro se amorató, crispáronse sus cabellos y como instigado por un demonio del abismo, pronunció una blasfemia horrible, cuyo recuerdo espanta. Llevó

el sacerdote la mano a su frente y dijo: «alabado sea por siempre el nombre de nuestro Dios». «Así sea», respondieron no menos turbados los circunstantes. Serenado el párroco, recordó al enfermo la necesidad que tenía de prepararse para bien morir, y pues que el momento se llega, mire por el eterno porvenir de su alma, le dijo. La espantosa mirada del enfermo seguía estampada en la cara del sacerdote, y después de un corto silencio dió un bramido como de fiera, al que siguieron tantas y tales blasfemias contra Dios y contra su benditísima Madre, que el buen párroco asustado, salió huyendo, cual si huyera del infierno mismo.

Por tercera vez entró en la alcoba del moribundo, y de nuevo se repitieron las infernales escenas de las veces anteriores.

Entre tanto la hinchazón seguía oprimiendo más y más su pecho y garganta; la desesperación rayaba en locura, y por fin, después de haber proferido una nueva blasfemia, cerró los ojos, apretó los labios y con algunos sordos ronquidos se le arrancó el alma de las carnes.

Temblando los presentes, prepararon su mortaja, y por verse libres de aquel cuerpo que parecía un verdadero monstruo, procuraron darle sepultura lo antes posible. No fueron otros sus honores que los que se tributan siempre al enterramiento de un perro, cuya vida había imitado este desgraciado. ¡Así terminan los hombres que quieren vivir sin Dios!



CARTAS DE LOS MARTIRES DOMINICOS DEL JAPON

X.

Carta escrita de mi hermano para mi padre, que vino de la ciudad de Sevilla.

JHS. = El glorioso espíritu de Dios sea con Vm. y le inspire las cosas que más a su servicio convengan.

La estafeta pasada escribí de mi llegada a esta ciudad; ahora escribo ésta, por no perder ninguna ocasión de escribir a Vm. y consolarle. Plegue a Dios que valga para ello. Yo estoy en esta ciudad de Sevilla aguardando con ansias la embarcación. Será alrededor de San Juan, porque aunque el Rey decía que se partiese a diez de este,

hay tan poca cargazón hasta ahora, que no ha de ser posible. Ordénelo el Señor como más a su servicio convenga.

El mal de esta ciudad va con mucha mejoría, si dentro de Sevilla no nos mienten. Si Dios fuese servido de darnos salud, pasaremos adelante, y sino me conformaré con la voluntad de Dios, que ya en mí ni ha de haber voluntad ni querer particular, y así contentos viviré contento, aunque sobresaltado, y con trabajos, contento. Estamos todos buenos, que es harto en este tiempo tan trabajoso.

El señor Juan Pérez de Arri, me encontró en Sevilla este otro día, y me dijo, cómo Vm. le había dado una carta para mí. Otro día fui por ella a su casa, y me volvió a decir que él se acordaba que Vm. le había dicho se la enviaría a su posada, y que después no se la envió. Y así ni ésta ni otra no he recibido en esta ciudad de Vm. Bien creo que se habrán perdido, o a quien Vm. las encaminó, se debe de descuidar. Sea Dios por todo alabado.

El Padre Fray Josef de Acosta llegó aquí el miércoles pasado, y está bueno y muy otro. Bendito sea Nuestro Señor por todos. Amén.

Hemos tenido unas buenas nuevas en un navío de aviso de Filipinas, que un fraile nuestro, hijo de San Gregorio, mataron los enemigos de la fe en el reino de Sian. Era un santo, y creo que su sangre clamará, no castigos contra los de aquel, sino misericordia, para que Dios les dé luz en los entendimientos. También nos dan muy buenas de todo.

A mis señores hermanos y hermanas me encomiende Vm. con todos sus señores vecinos, amigos y Padres de Santo Domingo.

De Sevilla a cinco de Junio de seiscientos y uno.

Hijo de Vm. JHS. = *Fray Tomás de Zumárraga.*



Suscripción para el altar de Ntra. Sra. de Peña Francia.

Continúa la lista de donativos.

*Suscripción abierta por la señora Maestra de niñas
de la Escuela Nacional de Deva (Gijón).*

Doña Catalina Acebol	0,10 ptas
— Carmen Gallegos	0,10 —
— Pergentina Suárez	0,10 —
— Dolores Suárez	0,10 —
— Lucía Fernández	0,10 —
— Silvestra Gallegos	0,10 —
Don José Menéndez	0,10 —
Doña María Menéndez.	0,10 —
— Selina Martínez	0,10 —
— Marta Acebal	0,10 —
— Carmen González Canal	0,10 —
— Bonifacia Gallegos	0,10 —
Don Ladislao Quiroga González-Solís	0,25 —
Doña Argentina Alonso	0,10 —
— Faustino Alonso	0,10 —
— Vicenta Solar	0,25 —
— Josefa Alvarez	0,15 —
Don Angel Rubiera	0,05 —
Doña Juliana Menéndez	0,05 —
— Isabel Díaz	0,25 —
Don Gerardo Rubiera	0,25 —
— Luis Rubiera	0,25 —
— José Rubiera	0,25 —
Doña Encarnación Piñera	0,05 —
— Rosario M. Vigil	0,10 —
— Amelia M. Vigil	0,10 —
Don Ramón Vigil	0,50 —
Doña Generosa Rubiera	0,25 —
Don Ramón Solar	0,25 —
Doña Eloína Solar	0,10 —
Don Manuel Solar	0,10 —
Doña Elena Solar	0,10 —
Don Pascasio Solar	0,10 —
Doña Marina Santurio	0,10 —
— Celestina Santurio	0,10 —

EN HONOR DEL CARDENAL GARCÍA CUESTA

Monumento a un Prelado salmantino.

La colonia macoterana en Salamanca, compuesta de valiosos elementos, está trabajando, de acuerdo con el Ayuntamiento de su pueblo, para levantar en Macotera un monumento al que fué preclarísimo hijo de aquella villa, el Emmo. Cardenal Dr. D. Miguel García Cuesta, Arzobispo de Santiago de Compostela, Obispo de Jaca, Catedrático de griego y de filosofía en la Universidad salmantina, Profesor y Rector de nuestro Seminario y Diputado por esta provincia en las Cortes Constituyentes de 1869, para las que le eligió generosamente Salamanca, como a su más digno representante, y el Episcopado y católicos españoles como a su Jefe de aquella cruzada que defendió heroicamente en las Cámaras las ideas y unidad católicas de la Constitución española contra los revolucionarios y políticos liberales e impíos de aquellos aciagos años.

A pesar de sus muchas virtudes de Pastor celosísimo y de su ciencia y vasta erudición, como lo atestiguan sus libros, sus oraciones y escritos en la tribuna y en la prensa; a pesar de haber transcurrido ya más de un tercio de siglo después de su muerte edificante, acaecida el 14 de Abril de 1873, aún es el día de hoy en que Macotera no se ha acordado de dedicar un digno recuerdo a su más preclaro hijo, si no es el recuerdo que todos sus compaisanos le tienen consagrado en su corazón y el que el P. Cámara le dedicara el hospital de aquel pueblo. Es verdad que Macotera, no obstante su laboriosidad agrícola e industrial, es un pueblo relativamente pobre; pero así y todo, no se puede justificar esa desidia y poco aprecio a glorificar los varones insignes, a quienes manda honrar la misma Sagrada Escritura.

Sintiendo rubor y pesar de esta falta, de este abandono y olvido, la actual entusiasta colonia macoterana, principalmente el distinguido abogado y Juez municipal de esta ciudad D. Gorgonio Bueno, el docto e ilustre Vice-Secretario de nuestro Prelado D. Antonio B. Durán, el insigne y benemérito pedagogo D. Antonio B. Madrid, el valiente orador capuchino P. Atanasio de Macotera y el

religioso dominico P. Pedro Bueno, entusiastas admiradores de su preclaro paisano, ha iniciado la idea de levantar un monumento a tan virtuoso y sabio Prelado, por suscripción popular, a fin de que así se manifieste mejor el entusiasmo y admiración que tanto Macotera como Salamanca y España entera sienten por sus ilustres antepasados, de quienes heredaron la nobleza del espíritu (1).

Estamos seguros de que en la lista de los generosos donantes figurarán no solamente todas las clases sociales de aquella villa, sino también todos los admiradores de las grandes figuras de la Iglesia Católica y de la historia patria.

Varios Prelados, entre ellos el distinguido Sr. Obispo de esta Diócesis, y nuestro coterráneo el Sr. Almaráz, Cardenal Arzobispo de Sevilla, han aprobado ya y aplaudido entusiásticamente el pensamiento, prometiendo a la vez cooperar a su realización. Del mismo modo, han acogido con cariño y entusiasmo la idea distinguidas personalidades, tanto civiles como del clero secular y regular.

Salamanca, que oyó sus sabias explicaciones helenistas, filosóficas, teológicas y bíblicas en su célebre universidad e insigne Seminario, no ha de ser menos, lo esperamos, contra la opinión de aquellos que nos consideran a los salmantinos ciudadanos apáticos y fríos para toda obra grande que indique progreso y glorificación de nuestros varones ilustres.

(1) El domingo, 28 de Octubre, conferenciaron en Macotera D. Gorgonio Bueno y el Dominico P. Pedro Bueno, con el fin de abrir oficial y solemnemente la suscripción para levantar un monumento en aquella villa a su preclarísimo hijo, el eminentísimo Cardenal García Cuesta. Presidida por el Ayuntamiento, el Párroco y el P. Atanasio de Macotera, Capuchino, la sesión que se tuvo en la casa del Ayuntamiento resultó animadísima y simpática, tanto por lo bien que se portaron los conferenciantes como por el numeroso público que asistió a presenciar un acto agradable a todos los macoteranos.

El señor Secretario leyó la Solicitud que la colonia macoterana de Salamanca dirigió a aquel Ayuntamiento en Agosto último, pidiendo su apoyo para dicho monumento, el acuerdo que el Ayuntamiento tomó al efecto y algunas cartas de varios personajes y Prelados que han escrito aprobando y aplaudiendo el proyecto. También hablaron al final el Párroco y el P. Atanasio.

El buen resultado de esta lectura y de las conferencias de dichos señores, se vió, principalmente, en los días siguientes en que todos los macoteranos, aún los más pobres, ofrecieron el óbolo de su limosna, llegándose a recaudar gran cantidad en metálico.

La suscripción quedó abierta en casa del Sr. Párroco de dicho pueblo don Valentín González.—De *El Salmantino*.

Todavía hay entre los vivos quienes conocieron y admiraron las virtudes y sabiduría del Cardenal Cuesta; muchos que las han heredado a través de sus padres y maestros educados por él, y todos, quien más quien menos, no ignoran las *Cartas* al periódico liberal *La Iberia*, en favor del poder temporal del Papa, cuestión candente en su tiempo, y sus admirables Catecismos del Protestantismo y Apologético, y sus sapientísimas pastorales y artículos de revista y oraciones tribunicias.

Y por lo mismo, por un acto de reconocimiento, de gratitud y de amor patriótico debemos contribuir todos con nuestro óbolo a honrar la memoria de tan insigne salmantino.

P. BUENO. O. P.

(De *El Salmantino*, 25 de octubre).



MISCELANEA



Conversión de Enrique Lavedan.—Las lecciones de la guerra han convertido a Enrique Lavedan, uno de los literatos contemporáneos más celebrados y más descreídos. He aquí la profesión de fe que ha publicado en los periódicos franceses:

«Yo, dice Lavedan, fuí enemigo acérrimo de la fe y al burlarme de ella me consideraba sabio. Mas luego al ver a Francia llorar con lágrimas de sangre, esa sonrisa se heló en mis labios. Colocado al borde del camino contemplaba yo a los soldados que desfilaban alegres y serenos y al verlos correr sonrientes a la muerte, me pregunté a mí mismo: «¿Quién los mantiene tranquilos?» y hallé la respuesta en sus labios, pues al pasar ante mí murmuraban sus plegarias «Creo en Dios...»

Yo conté las víctimas que iban a sacrificarse por nuestro pueblo y ví a las esposas y a las madres ofrecerlas ante el ara de la patria orando con fervor.

Comprendí entonces el consuelo que trae al corazón el creer en otra patria, en esa patria eterna impregnada de caridad, mientras la patria terrena arde presa del odio más cruel. Esa fe es ciencia, ciencia de los niños, y ya yo no lo soy... ¡Cómo me avergüenzo de ser tan pequeño a su lado!

Una nación que atraviesa esas horas angustiosas de la Francia actual, no puede menos que desesperarse y con la desesperación más negra si no cree que el dolor de la tierra se cambia en

los inefables gozos del paraíso. ¿Y cómo es posible obrar sin la fe, cuando todo va tan mal? Sin esa fé el trabajo es un tormento y todo es locura.

Al lado del río de sangre que inunda a Francia, yo contemplo el agua sagrada de las lágrimas. Yo me desespero. Pero una vezuela de la Bretaña cuyos hijos murieron destrozados por la metralla, bañada en llanto, reza su Avemaría ante una imagen de la Virgen Dolorosa y sonrío... sonrío resignada. ¡Cuánto humilla el verme tan pequeño ante esa mujer!

El pasado de Francia fué grande. Francia entonces era creyente. El presente es una calamidad: Francia comprende que ya no es capaz de creer. ¿Qué será de ella en el porvenir? Sólo Dios lo sabe. ¡Qué horrible mortandad! ¿Cómo es posible ser incrédulo ante una nación cubierta de cadáveres? No, yo no puedo serlo más.

Me engañé a mí mismo y os engañé a vosotros que leísteis mis libros y entonásteis mis cantos. Fué una locura, un delirio, un sueño vano.

Francia, Francia, torna a la fe de tus gloriosos tiempos. Dejar a Dios es declararse perdido.

No sé si aun viviré mañana; por eso hoy quiero decirlo a mis amigos: Lavedan no se arriesga a morir como un ateo.

Me oprime una idea: Hay un Dios y tú andas lejos de Él. Alégrate, oh alma mía, pues ya sonó la hora en que postrada de hi-nosjos tú también puedes repetir: Yo creo; creo en Dios ¡creo!... ¡creo!... Hermosas palabras que son el canto matutino de la hu-manidad; infeliz el que no las conozca, pues le aguardan las ti-nieblas más negras».

Sabia interpretación.—Contó un pobre trabajador, algo amigo de la bebida, a su mujer un sueño que había tenido:

—He visto, dijo, cuatro ratas que se me acercaban: Una grue-sa, otras dos delgadas y flacas y la cuarta ciega.

El soñar con ratas creía él y su mujer que era señal de mal agüero y se hallaban ambos preocupados por el tal sueño; más sacólos de la inquietud un hijo suyo que era muy inteligente y le preocupaba más que los sueños el vicio de su padre.

—Ya sé yo lo que significa el sueño. La rata primera es el botiquinero de la esquina el cual engorda con nuestro trabajo; la segunda y la tercera somos mamá y yo, que no tenemos que comer, y la ciega es usted.

Diciendo esto echó a correr, temiendo algún arañazo de la última rata.



SECCION DE NOTICIAS

ESPAÑA

Salamanca.—Predicaron en nuestra iglesia el primer y tercer domingo del mes anterior, el M. R. P. Mtro. Juan Arintero y el M. R. P. Prior Justo E. Palacios.

—Ha dado los ejercicios espirituales a las Dominicas de Plascencia, el R. P. Tomás Calvo.

—Hemos recibido artístico *Recordatorio* de la Misa nueva del R. P. Juan Zabala, celebrada el 15 de agosto en México, donde actualmente se halla por motivo del servicio militar. Nuestra cordial enhorabuena.

Valladolid.—*Manifestación de amor a la Virgen del Rosario.*—Grandiosos y en extremo edificantes fueron los actos religiosos que con motivo de la coronación canónica de la Virgen de San Lorenzo, Patrona de Valladolid, en ésta ciudad se realizaron. Entre ellos (según el «Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Valladolid»). Mención especial merece la solemnísimas procesión del *Rosario de la Aurora*. Por feliz iniciativa del Obispo Auxiliar, alma de las fiestas de la Coronación, había de constituir número del programa el *Rosario de la Aurora*. Recibida la idea con el mayor cariño y entusiasmo por los PP. Dominicos, siendo como es el Smo. Rosario preciada gloria de la esclarecida Orden de Predicadores, organizaron esta simpática nota religiosa, tan genuinamente española, y a fe que sus trabajos se coronaron con el más lisonjero resultado.

El día 17 (octubre), a las seis de su mañana, la amplia iglesia de San Pablo, hallábase por completo atestada de fieles entusiastas de María. Casi ya organizada la procesión, hizo su entrada el señor Obispo Auxiliar. Cientos, miles de personas de ambos sexos forman largas filas, entonando el armonioso y sentimental *Santa María*, etc. En los balcones del tránsito muchas personas contemplan emocionadas aquella manifestación de amor a María; Llegada a la Catedral, celebró la Santa Misa el señor Obispo, distribuyendo el pan de los Angeles a gran multitud de fieles, dirigiéndoles antes fervorosísima plática, ponderando las excelencias y gracias del Santo Rosario, terminando tan solmne número del programa con la Salve popular, cantada en medio de indescriptible entusiasmo y fervor religioso.

Valencia.—*Entronización espiritual del Sagrado Corazón.* El Prefecto del Seminario de Valencia, don Bernardo Asensi,

entusiasta decidido de la nueva devoción que nuestros lectores ya conocen, ha dado una notable conferencia a los Sacerdotes miembros de la Unión Apostólica, probando: *a)* ser el medio más eficaz de santificación; *b)* y el más eficaz de apostolado.

Nuevo Nuncio en España.—En las probabilidades de que Mons. Ragonesi sea hecho cardenal y tenga que ausentarse de España, asegúrase que vendrá a ocupar su alto puesto Monsieur Juan Bautista Nasalli-Rocca, Arzobispo titular de Tebas y limosnero apostólico. Mons. Nasalli-Rocca, es íntimo amigo personal del Papa Benedicto XV, y es relativamente joven, pues sólo tiene cuarenta y cinco años de edad.

El centenario de Cisneros.—En el mes anterior se ha celebrado en los principales puntos de España con fiestas cívico-religiosas el IV.º Centenario de la muerte del ínclito hijo de San Francisco, Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, gloria imperecedera de nuestra Nación. Los principales diarios y revistas le han dedicado preciosos artículos enalteciendo sus virtudes y su saber consagrados en pró de la Religión y de la Patria.

EXTRANJERO

ROMA.—**Una legión de mártires dominicos.**—La Congregación de Ritos ha emitido favorable informe en la causa de beatificación de 1.743 mártires tungkinos comprendidos entre los años 1856-1852, pertenecientes por varios capítulos a la Orden Dominicana, y a la cabeza de los cuales figuran los venerables Obispos dominicos Fr. José M.^a Díaz Sanjurjo y Fr. Melchor García Sampedro, de la provincia de Lugo el primero y el segundo de la de Asturias, martirizados en los años 1857 y 1858, respectivamente. Es la causa más importante y numerosa que se conoce. La Orden de Predicadores hubiera tenido sumo gusto en ver terminado el proceso en el 1916, para ofrecer este obsequio a la Iglesia, al V. P. Santo Domingo y a España, en el VII centenario de su confirmación, mas esta misma numerosidad ha motivado el retraso. A instancias del P. Fanfani, O. P. Postulador de la Orden, en marzo último Su Santidad nombró Relator de la causa al Cardenal Cagliero. Viendo el mucho trabajo que suponía, en mayo fué nombrada comisión especial compuesta de los Cardenales Vico, Granito Scapiglietti, Giustini y Marini, además de los Prelados consultores, el Secretario, el Protonotario Apostólico y el Protomotor y Sub-Protomotor de la Fe. En 9 de agosto el Vicario General de la Orden, Rmo. P. Lehu y el P. Fanfani, recibidos en audiencia privada por Benedicto XV, le presentaron la *Posición* de la causa en nueve volúmenes, para que fueran estu-

diados por los que componen la comisión y en 17 de noviembre se diese cuenta en sesión habida el efecto.

La nueva publicación «Misiones Dominicanas» trae en el número de noviembre los retratos de algunos ancianos tungkinos, contemporáneos del V. García Sampedro, entre ellos figura el acompañante y una ancianita que presencié su martirio.

BIBLIOGRAFÍA

Misiones Dominicanas, revista mensual ilustrada. Precio de suscripción: 5 pesetas al año. Dirección: Fr. Ceferino González, 15. Madrid.

Hemos recibido ya el segundo número de esta nueva publicación de los Dominicos de la provincia del Stmo. Rosario de Filipinas. Viene a sustituir al «Correo Sino-Anamita», imperecedero monumento de la grandiosa obra que los ilustres hijos de Sto. Domingo, realizan desde hace siglos en el Extremo Oriente, en bien de la Religión y de la Patria. La galanura y amenidad del «Correo», son notablemente enriquecidas con la nueva revista, que además contribuirá a que estas bellezas que encierra la obra heroica del misionero, sean más fácilmente asequibles a todos. Auguramos una vida próspera a *Misiones Dominicanas*, puesto que todos que sientan amor a la evangelización entre infieles, no podrán menos de sentir simpatías por esta revista, que tan dignamente cuenta las proezas realizadas con esta finalidad por hermanos nuestros, al paso que nos pone en comunicación con usos y costumbres completamente distintos de los nuestros, que grandemente despertarán nuestro interés.

Mes de Octubre, consagrado a la Virgen del Rosario. Tercera edición, por D.^a Soledad Arroyo, T. D.

Sabido es que el mes de octubre es el mes de los frutos, por lo cual, así como se consagra el de mayo, que es el de las flores, en honor de la Reina de la belleza, simbolizada por las flores, así la Iglesia ha querido ofrecerle también el de octubre que es el de los frutos sazonados, simbolizando en esto a la Madre de Dios, que ha de ser nuestra esperanza si queremos alcanzar ópimos frutos de buenas obras. Estos frutos son los que la piadosa autora quiere hacer que broten de nuestros corazones, mediante la devoción a María, practicada en el mes de octubre. El método que nos propone en su librito es excelente: en él se meditan las principales virtudes y los principales medios para alcanzar el fin a que hemos sido destinados. Cada día lleva su meditacioncita, con ejemplo y oraciones devotísimas. Además acompaña al ejercicio diario una breve relación de los Santos y reyes más devotos del Sto. Rosario; idea felicísima que a la par que instruye, hace la lectura de cada día más interesantísima y también más devota.

Cuestiones de Religión ante la razón del pueblo, por el Dr. D. Federico Santamaría. Precio, 1 peseta en casa del autor, Peñuelas, 20. Madrid.

Comprende la presente obrita veintiocho capítulos, en que con galanura de frase, clara y aplastante argumentación, se ponen al alcance del pueblo, dogmas tan fundamentales, como la existencia de otra vida, divinidad de Jesucristo, de la Iglesia y de la Confesión. Los ocho capítulos destinados a la Confesión, son de una lógica contundente y deberían ser leídos por cuantos dudar o niegan la divinidad de este santo Sacramento. A la serie de obras de catequesis, Diálogos Catequísticos, Catecismo de la Eucaristía, Meditaciones de la Gracia, Ripalda Pedagógico y Catecismo Mariano, publicadas por el Sr. Santamaría, con tanto fruto del pueblo, viene a añadir la presente apología de los dogmas fundamentales de nuestra fe, que merece ser difundida con profusión.

Grabados catequísticos, por el mismo 144 págs. en 16º, 35 céntimos.

Esta bonita colección consta de ochenta y nueve estampas originales de tamaño de página, expositivas de todo el Catecismo, y de cincuenta y cinco páginas de lectura explicativa de la Doctrina Cristiana, contenida en los grabados. En esta preciosa colección no se sabe qué admirar más: si el gusto artístico de los grabados o la riqueza doctrinal y la claridad expositiva. Nuestra enhorabuena al Sr. Santamaría, autor de tantas obritas catequísticas.

Episodios de la Guerra Europea. — Hemos recibido los cuadernos 71 y 72 de tan popularísima obra. Componen el cuaderno 71 veinticuatro páginas de texto profusamente ilustrado, y el 72 diez y seis y una hermosísima lámina con las fotografías de los generales Joffre e Hindenburg. En ambos cuadernos se dan noticias de las operaciones realizadas en Bélgica. Recomendamos la adquisición de dicha obra, por lo módico de su precio (25 céntimos cuaderno) y por ser una de las publicaciones más excelentes, serias e imparciales que se publican, dedicadas a la conflagración europea. De venta en las librerías, centros de suscripciones y en casa del editor D. Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140. Barcelona.

NECROLOGÍA

El día 10 de noviembre, falleció en nuestro Colegio de Corias (Asturias), el joven estudiante Fray Cándido Arguelles ¡Dios se ha complacido en segar esta tierna planta del vergel dominicano en su mayor frescura y verdor para trasplantarla a la Patria del cielo antes que el aire rompido de esta vida la agostase!

Fray Cándido Arguelles, cuya prematura muerte lamentamos con toda el alma, era natural de Conforces (Asturias). Recibió una educación digna de su familia profundamente cristiana y bien acomodada. Desde sus primeros años frecuentó la escuela del pueblo, sobresaliendo, como todos sus hermanos, en las matemáticas y en la historia.

Su carácter alegre y jovial, era claro espejo de su alma pura y sencilla. Enemigo de dobleces, no gustaba con frecuencia de las travesuras y diversiones de sus compañeros, sintiendo, en cambio, especial atractivo por las cosas de la Iglesia, cuyos oficios desempeñaba con tal naturalidad como nacido para ella.

Cumplidos los 14 años, se disponía a partir para nuestro Colegio de Corias cuando un triste incidente vino a trocar la voluntad de sus padres, antes favorable a la vocación de su hijo. Vicente, el hijo mayor, acababa de morir en Melilla, víctima de una fiebre. Cándido, sin embargo, triunfó de las oposiciones de sus padres, y en 1911 ingresó en el Colegio de Corias, donde por espacio de tres años hizo, con gran aprovechamiento, los estudios necesarios para tomar el santo hábito, que vistió en octubre de 1914, profesando luego en el mismo mes de 1915.

Un desarrollo excesivo durante el año de noviciado, debilitó sobriamente sus fuerzas, siendo ésto la raíz de la enfermedad que le llevó al sepulcro. Su carácter alegre y despreocupado, le hacía no creer en la gravedad de su misma enfermedad, y así decía, aún no hace medio año, en carta particular: «... En cuanto a mí, disfruto de completa salud, aunque he crecido mucho y me quedo algo estrecho de pecho, pero por ahora no hay peligro.» Sin embargo, el peligro era inminente, y la hora llegó más pronto de lo que se esperaba. Las últimas noticias habidas de su muerte, nos dicen que murió santamente, como santa había sido toda su vida.

¡Rogad por el eterno descanso de nuestro querido hermano!

Imp. Cat. Salmanticense y Enc., Arroyo del Carmen 15.—SALAMANCA